



REPTILICÓN

LUIS FERNANDO ESCALONA

LEYENDAS DE LOS MORADORES DEL CAMINO
GUERREROS CELESTIALES

GUERREROS CELESTIALES

Leyendas de los Moradores del Camino

Reptilicón

LUIS FERNANDO ESCALONA

Copyright©2015, by Luis Fernando Escalona.

Ilustración de portada: Fernando Gil.

Publicado en México, 2015.

1ª edición digital.

ISBN: 978-607-7570-19-6

Ala de Avispa Editores

Boulevard Ignacio Zaragoza, Condominio Granero,

Casa 36. Colonia Hacienda del Pedregal,

Atizapán, Estado de México. Código Postal 52910

www.aladeavispa.com

edicion@aladeavispa.com

Este libro no podrá ser reproducido
ni total ni parcialmente por ningún medio,
sin el previo permiso escrito del autor.

Todos los derechos reservados.

*“Lift me up above this
The flames and the ashes
Lift me up and help me to fly away”*

Five Finger Death Punch

El cielo era gris aquella mañana y alrededor de la selva, la niebla se extendía como la respiración propia del pantano.

En algún lugar de la penumbra refulgieron unos ojos. Al principio aparecieron como dos diminutas bolas amarillas, sin más rostro que la oscuridad. Instantes después emergieron otros dos, más pequeños y rojizos.

Ahí, detrás de unos matorrales, dos mutantes observaban el avance de sus clanes, que se dirigían hacia el sur para enfrentar a los Komodianos. Uno de ellos era un cocodrilo alto y fuerte, de semblante tranquilo pero triste. El otro, el de los ojos carmesí, era un caimán albino más bajo de estatura, que sostenía una lanza en su mano derecha. Fue él quien desmoronó el silencio.

—Yacaré: ¿estás seguro que quieres hacerlo? Enfrentarte tú solo con Áspid...

—¿No crees que pueda con él?

Avergonzado, el otro inclinó la cabeza.

Durante unos momentos, Yacaré no dijo nada. Lo escudriñó buscando su mirada y al final sonrió. Dejó caer suavemente la mano en el hombro del caimán albino y lo animó a levantar el rostro.

—Lo entiendo. Yo también estaría asustado.

—No es que no confíe en ti —dijo el reptil sin color. Yacaré frunció el ceño sin entender—. Tú nos liberaste de la cobra. Tuviste el valor de iniciar una rebelión en contra suya...

—Sabíamos que tarde o temprano sería descubierta.

—Sí, pero nuestros clanes quieren combatir a tu lado y tú los despachas hacia el sur.

—Enfrentar a Áspid es peligroso.

—Ninguno de nosotros tiene tus poderes extraños, pero eso no nos hace menos valientes.

Yacaré se sintió herido por sus palabras.

—Áspid sólo viene por mí —aseguró—. Dejar un ejército para combatirlo sería crear una absurda matanza.

—Con una tropa completa, no creo que...

—Tú no viste lo que yo vi, Tarvi —replicó Yacaré—. Áspid es capaz de destruir un ejército entero.

Tarvi hizo un gesto, inconforme con las palabras de su amigo.

—Déjame ayudarte.

Yacaré meneó la cabeza hacia los lados.

—¿Por qué no?

—Tú sabes por qué —al ver que el albino no respondía, Yacaré concluyó—: Él era mi maestro.

Derrotado, Tarvi suspiró.

—Es tu última palabra.

—Lo es. Ahora, anda. Nuestros clanes necesitan de tu guía.

Tarvi dio unos pasos hacia el frente y se detuvo.

—Tu padre estaría orgulloso de ti.

Yacaré sonrió con pesar. Abrazó a su amigo y lo dejó partir hacia el sur.

—Cuando nos alcances —agregó el albino—, hazlo con vida.

Lo que ninguno imaginó fue que nunca más se volverían a ver.

Yacaré se quedó solo en el pantano. Se sentó encima de una roca y esperó.

Habían pasado siete años desde la conquista de Kanaria y la caída de los enviados a la fortaleza de Menélik. La Legión Mutante no había encontrado

rival que enfrentara su poder. Sin embargo, una rebelión interna en los ejércitos de la cobra había desatado el caos en los manglares y en la selva.

Al principio se rumoró que la Reina Yunuen, una Guardiana de la Joya de Barlak, había iniciado un movimiento en contra de la Legión. Pero Áspid había buscado por todos los rincones del lugar sin encontrar a la reina o a sus seguidores. Al final, la verdad quedó expuesta y no hubo marcha atrás.

Los cocodrilos de Turkis se habían rebelado en contra de Áspid. A partir de ahí, muchos disidentes emergieron y se proclamaron en contra de la Legión Mutante. Durante algún tiempo habían logrado ocultar el movimiento. Luego se hizo notar en toda la región del este, pero su líder se mantenía en el anonimato.

Sin embargo, era ya una obviedad. Yacaré, el cocodrilo que una vez fuera discípulo de la cobra, era el guía de la rebelión.

Por eso, había enviado a sus clanes al sur para combatir a los Komodianos, iguanas y serpientes; clanes que se mantenían leales al segundo dirigente de la Legión. Aunque era probable que los superaran en número, les bastaba la inspiración que él les había inyectado.

El cocodrilo sabía que Áspid iría tras él y quería estar solo cuando ese momento lo alcanzara. Estaba consciente de que se arriesgaba a morir en manos de su antiguo mentor, pero no le importaba. Cuando contempló con impotencia la matanza de las aves en la fortaleza de Ménelik, Yacaré se juró a sí mismo que un día cambiaría el rumbo de las cosas. Además, una voz en su interior lo alentaba. Una voz de mujer que alcanzaba la divinidad.

Fue así como Yacaré se despidió del caimán albino y se quedó en la tenebrosa ciénaga del norte, a esperar al que aún consideraba su maestro.

Durante varios días, Yacaré se mantuvo quieto sobre la piedra del pantano, sumido en una profunda meditación.

De pronto, la presencia de alguien irrumpió su quietud. Un sonido agudo, como de metal sobre metal, lo agitó en el interior de su mente. Yacaré abrió los ojos y alcanzó a ver un resplandor que se precipitaba a toda velocidad sobre él. De un movimiento, el cocodrilo saltó de la roca. El golpe de luz se perdió en la distancia y chocó contra algunos árboles, haciéndolos estallar.

De pie, Yacaré cayó sobre la piedra y esperó unos momentos. Frente a él, en la orilla de la ciénaga, se encontraba Áspid, la cobra.

—¡Te he dado todo, lagartija! ¿Y así es como me pagas? —vociferó el general.

—Los clanes viven oprimidos. —respondió Yacaré—. ¿Dónde está la libertad que Báliak les prometió? Míralo por ti mismo: mueren de hambre y viven con miedo. Han sido arrancados de sus hogares para pelear o morir si no lo hacen, por una causa que no es la suya. Los clanes se están levantando en contra de la Legión, ¿no lo ves?

—Yo lo único que veo es un renacuajo que me traicionó.

—Era la única manera —replicó el cocodrilo—. Ven conmigo. Acabemos con el león oscuro y...

—¡Deja de lloriquear! —gritó la cobra.

Áspid lanzó sus manos hacia el frente y expulsó una bola de luz. Yacaré saltó para evadirla y la cobra se precipitó sobre él. Suspendidos en el aire comenzaron la pelea.

Áspid levantó su rodilla. Yacaré la bloqueó con su brazo izquierdo. La cobra hizo una finta con su puño derecho y atacó con un golpe del lado contrario. Yacaré alzó su brazo y bloqueó el impacto. Luego, Áspid tiró una patada y el cocodrilo se agachó para evadirla.

Los dos guerreros cayeron entre las rocas del pantano. Áspid arremetía con furia haciendo retroceder a su contrincante. Brincaron entre las piedras hasta que alcanzaron la orilla. En tierra firme, la cobra avanzó sin darle oportunidad a Yacaré para tomar aliento.

—¡Pelea!

—Aún podemos cambiar las cosas, maestro —gritó Yacaré, echándose hacia atrás.

Áspid se detuvo. Por unos segundos se miraron de frente. Pero la cobra apretó las fauces y dijo:

—¡Deja de llamarme así!

A tan corta distancia, expulsó una bola de luz sobre el cuerpo de Yacaré. Sorprendido, el cocodrilo saltó hacia el lado derecho. Áspid se movió en esa dirección y de pronto desapareció. Yacaré quedó confundido. Al instante, la cobra reapareció en frente del caimán y le propinó un golpe en la quijada. Aturdido, Yacaré sintió la inflamación en la zona del impacto y la sangre comenzó a brotar; por un momento, perdió el equilibrio pero alcanzó a recuperarse.

Áspid atacó de nuevo y el reptil evitó los golpes que surgían de todas partes. Sin embargo, no hacía nada por embestir a su agresor.

—¡Maldita lagartija! —gritó Áspid—. ¡Me has dado tantos problemas y ahora resulta que no quieres pelear!

—¡Tú me hiciste el guerrero que soy!

Aquello enfureció más a la cobra. Emitió un sonido agudo, como una especie de quejido, y arremetió de nuevo contra Yacaré.

—¡Por favor, maestro, todavía podemos cambiar las cosas! —dijo el cocodrilo, evitando los impactos.

—¡Yo le pertenezco a la oscuridad de la Joya! —sentenció Áspid.

Por un momento volvieron a detenerse. Al escuchar eso, Yacaré frunció el ceño y en su rostro se manifestó un dejo de terror ante las palabras de la cobra.

Áspid se inclinó hacia adelante y lanzó un puñetazo que Yacaré evitó echándose hacia atrás. Pero el cocodrilo entendió que de seguir así, terminaría muerto en manos de su antiguo maestro. En vano era ya discutir. La única forma de evitar que más reptiles murieran por esa ambición era acabando con él.

La cobra volvió a precipitarse hacia el frente, tiró su puño derecho hacia el rostro de Yacaré y éste lo desvió con su brazo izquierdo. Colocó su mano en forma tal que el impacto saliera directo al vientre de Áspid. Un destello verde apareció por encima de sus dedos y lo arrojó hacia la cobra, quien hizo un gesto de sorpresa y se torció para evitar el golpe.

La posición en la que Áspid quedó le dio cierta ventaja al cocodrilo, quien tiró una patada al aire con la pierna izquierda y luego con la derecha. Ambas fueron evadidas. Áspid se movió hacia el lado izquierdo de Yacaré y le conectó un puñetazo en el oído. El cocodrilo perdió el equilibrio y Áspid lo sorprendió con un golpe en la quijada que lo levantó por los aires. El destello que provino de su brazo lo arrojó hacia arriba y ahí lo interceptó en una lluvia de explosiones luminosas que lo acibillaron en unos cuantos instantes.

Con gran velocidad, la espalda de Yacaré chocó contra el suelo y se hundió unos centímetros por la fuerza del ataque. De inmediato, la rodilla de

la cobra se incrustó sobre el vientre del cocodrilo y un cúmulo de sangre brotó de sus fauces.

Yacaré estaba malherido. Su rostro tenía severos golpes, moretones y cortadas. Apenas podía mantener los ojos abiertos.

Áspid lo sujetó con fuerza, lo levantó y lo arrojó contra las rocas del pantano. Yacaré azotó en la dura superficie y se desmoronó sobre el agua, que se pintó de rojo con la vida que se le escapaba de las manos.

De un salto, Áspid llegó al lugar donde estaba tendido el cocodrilo. Lo alzó, proyectó sus puños a toda velocidad y antes de que cayera derrotado en el suelo, Áspid expulsó su veneno ardiente sobre Yacaré.

El cocodrilo gritó. Su cuerpo se quemaba por el ácido mortal de la cobra. Se sintió adormilado, pero el fuego sobre su piel aumentaba, impidiéndole que sus extremidades se movieran. Vagamente, recordó que con ese golpe letal, Áspid le había quemado las plumas a uno de los enviados. “¿Quién era?”, se preguntó. “¡El águila!” Ahora lo recordaba. Y pensó que se desvanecería como el héroe de Kanaria que había fracasado en la misión de la fortaleza.

Yacaré ya no quiso resistirse. “Si así tiene que terminar...” Se dejó caer sobre las rocas del pantano y esperó su momento.

Áspid, con una sonrisa triunfal, se acercó. Despacio, colosal y amenazante. Comenzó a crear una bola de luz sobre su mano derecha para terminar con Yacaré.

De pronto, algo sucedió.

Áspid expulsó aquel terrible destello. Pero alguna extraña energía, como una pared invisible en medio de los dos guerreros, absorbió el impacto y lo desintegró sin que alcanzara a dañar al cocodrilo.

—¿Qué es eso? —preguntó desconcertado Áspid al silencio.

La cobra hizo un segundo intento por acabar con Yacaré, pero la energía aquella se volvió a manifestar.

Con un gesto de frustración, Áspid miró en todas direcciones. Una presencia muy poderosa lo rodeaba, como si abarcaba los manglares y las ciénagas; como si el lugar completo se hubiese rebelado en su contra y buscara proteger al cocodrilo.

—¡Reina Yunuen, éste no es asunto tuyo!

Áspid hizo un tercer intento por destruir a su enemigo, pero la energía le regresó el impacto de luz y lo arrojó lejos del agua, hacia unos arbustos en medio de la penumbra.

Después de unos minutos, Áspid logró recuperarse. Se puso de pie y miró en dirección del estanque.

—¡No puede ser!

Y es que en el lugar donde había quedado Yacaré agonizando, no había más que un cúmulo de rocas cubiertas de agua, de sangre y de silencio.

—¡No! —gritó Áspid. Y los espeluznantes retumbos de su voz se perdieron en la bruma del lugar.

Yacaré había desaparecido.

Mis huesos caen y se retuercen como los caminos deformes de un manglar.

Soy agua sin cauce, una lágrima que no desea derramarse en mi rostro. Soy la sombra y la noche desnuda: la vorágine de un latido. Soy un relámpago varado en la esquina de una nube, de una tormenta de marejadas y fauces, de féretros que retratan la imagen de un instante desolado.

¿En dónde estoy? ¿En qué lugar etéreo se encuentra la certeza de mi cumbre?

Mis brazos se transforman en ramas. Soy el aliento de la penumbra.

Soy el pantano.

La noche se apodera de Yacaré, como la nada que lo abarca todo y sólo quedara él, suspendido en la densidad de lo incierto.

Poco a poco, las imágenes van cobrando vida en su mente. Son dispersas. Hay gritos. Hay mutantes que corren. Una guerra. La desolación. Hay voces infames de rostros, heridas y promesas sin cumplir. Hay fuego y explosiones: la risa sardónica del reptil que se precipita sobre sus traidores.

Pero Yacaré no puede moverse.

De pronto, una luz lo cubre. Desaparece el sonido. Los llantos cesan. Sólo la luz eterna del bienestar.

El cocodrilo se reconoce herido, entre el punto del aquí y el más allá. Su cuerpo pesa. Es materia quemada por las fauces de un huracán venenoso. Pero algo ha cambiado. Algo lo trajo de vuelta. Algo que se aloja en su interior y le devuelve la conciencia para seguir.

“Quizá he muerto”, se dice. “¿Estoy soñando?”.

Y en la lejanía, más allá de aquel resplandor que le devuelve la calma, hay una voz casi imperceptible. Una voz que se acerca hacia él. La voz de una mujer a la que ya había escuchado una vez, cuando las aves estaban siendo acribilladas en la fortaleza del este.

Y las palabras emergen en su cabeza.

“La isla... espera en frente de la puerta... Falbarde... Falbarde... venganza...”

“¿Quién eres?”, articula el reptil con el pensamiento.

“El río turquesa será tu guía y confía, más allá, en el sendero líquido de Nun”.

“¿Eres tú la reina?”

“Descansa, hermoso cocodrilo. Descansa. Tu tiempo y mi tiempo se unirán por la gloria de la Joya. Ahora ve. Conviértete en el cauce y la cura de tu raza”.

“Pero...”

“Delante de la puerta... no lo olvides...”

“Falbarde...”

“Sí, Falbarde...”

“Pero...”

“Ahora: ¡sé la luz!”

Una dulce mano acarició las escamas de su rostro. Una lágrima resbaló con gratitud y Yacaré se perdió en un profundo sueño.

Después, no supo más de él.

El resplandor del sol lo trajo de vuelta.

Un día, Yacaré recobró la conciencia y lo primero que sintió fueron las brazas húmedas del calor que se le metía por las heridas.

Frunció el ceño, giró el rostro y estiró sus brazos y piernas para desentumirse. Entonces un gemido le hizo saber que el cuerpo le dolía.

Tardó algunos minutos en abrir los ojos. Quién sabe cuánto tiempo los había mantenido cerrados. Al ver dónde estaba se sobresaltó. Se trataba de una playa desierta. En frente había una selva verde y más lejos, un gran pico de piedra que sobresalía: la cúspide soberbia de una montaña. A sus espaldas, el constante ronroneo del mar. Y él... él se encontraba reposando en una canoa.

“¿Cómo llegué aquí?”, se preguntó.

De pronto, escuchó una voz.

—¡Al fin despiertas!

Adolorido aún, Yacaré se sacó a sí mismo del bote y se deslizó a la espalda suave de la playa. Se levantó. Los últimos suspiros de las olas apenas le rozaban los pies, como queriéndolo saludar; a su alrededor, la playa, la cima rocosa y la selva lo observaban.

Pero nadie más.

—¡Estoy acá arriba! —dijo la voz.

Yacaré levantó el rostro pero el sol se interpuso en su búsqueda. Se cubrió con las manos para hacerse algo de sombra y alcanzó a divisar un mutante alado que volaba en círculos sobre él.

—Hace un buen clima, ¿eh?

—¿Quién eres? —preguntó el cocodrilo, con desconfiada expresión.

Lentamente, aquel extraño ser se dejó llevar por la brisa. Se inclinó hacia adelante y aprovechó la velocidad de su posición para aterrizar. Al tocar el suelo, sus enormes garras levantaron moronitas de arena y se hundieron sobre la playa.

Yacaré lo contempló con asombro.

—No puede ser —dijo absorto ante lo que veía—. ¿He muerto?

Pero el mutante alado le devolvió una risa cordial y sincera.

—Parece que las heridas nos traen a esta playa —dijo el ave.

—¿En dónde estamos?

—Ésta es la isla de Tórnom, alejada de cualquier civilización.

El cocodrilo pareció no escuchar; miraba a su anfitrión como queriéndolo reconocer.

—Yo te conozco —musitó.

—Y yo a ti —respondió el mutante alado—. Sólo que eras más pequeño.

Delante de Yacaré, se erguía una enorme águila de alas gruesas. Sus plumas del color de un roble brillaban con la luz del sol. Dentro de ellas mantenía sus brazos cruzados y una amplia sonrisa se descubría amigable sobre su pico. Su cabeza era blanca y tenía algunos mechones de pelo amarrados como dos pequeñas trenzas por delante de sus oídos.

Entonces Yacaré lo encontró en lo más recóndito de su memoria.

—Tú estuviste en la explosión de Ménelik —dijo el cocodrilo. Sin dejar de sonreír, el ave se limitó a esperar, como si quisiera que el reptil reconstruyera las imágenes que su mente le sugería—. Pero yo te vi... el veneno de Áspid te quemó las alas. Vi morir a tus amigos... ¿cómo fue que sobreviviste...?

—Igual que tú —respondió el águila.

Yacaré arrugó el ceño sin entender; de pronto, recordó que, en efecto, su pelea con Áspid había terminado en desastre, con el veneno de la cobra quemándole la piel y los huesos. Tenía el uniforme desgarrado y algunas heridas que comenzaban a cicatrizar. Pero también tenía ámpulas verdes sobre sus escamas; ámpulas que el águila conocía porque también a él le quemaron la piel con el veneno de la derrota.

Pero Yacaré no recordaba nada más. ¿Qué había sucedido después? Perdió el conocimiento. Pensó incluso que había muerto, y de pronto apareció en una playa desierta, lejos de su pantano y sus manglares.

Y había una voz.

Una voz divina: la melodía de un mundo convertida en mujer.

“¡La reina!”, pensó. ¿De verdad? ¿De verdad ella me salvó?

—No te asustes, guerrero —dijo el águila, devolviéndolo a la playa—. No has muerto ni yo tampoco. Y si nuestros caminos se cruzaron, debemos darle vida a las razones del destino.

—¿De veras no eres un espectro?

—Ven —le dijo—. Esta isla es mi hogar y hoy, te doy la bienvenida.

—¿Cómo... cómo te llamas?

—Soy Kérim —dijo el ave—. Y soy un guerrero de Barlak.

Yacaré siguió al águila hacia la selva.

La vegetación era abundante. Yacaré respiró profundamente y la humedad del clima le sentó bien.

—¿Vives solo? —preguntó.

—Sí —respondió Kérim—. Eres el primero que llega después de mí.

—¿Cómo es que los barcos de la Legión no han venido para acá?

—Es tan pequeña esta isla, mi amigo, que ni siquiera está en los mapas.

Además el mar...

Muchas cosas se decían del mar. Leyendas de criaturas fantasmagóricas que no dejaban a los barcos más camino que el naufragio.

—¿Vanskas?

El ave movió la cabeza para afirmar.

—Y, ¿cómo fue que llegaste aquí?

—En la noche más oscura se abrieron las nubes y vi la montaña.

—¿Así nada más?

—Así nada más.

Pero Yacaré intuía que algo diferente, algo más grande que ellos, lo había guiado hasta ese lugar; algo parecido a lo que él estaba sintiendo.

De pronto, Kérim se detuvo y contempló las alturas.

—¿Dónde está tu casa? —preguntó Yacaré.

Kérim sonrió y se giró hacia el cocodrilo.

—Allá arriba hay una cueva —dijo Kérim—. Es ahí a donde vamos.

Kérim señaló la parte más alta de la montaña y Yacaré dirigió su mirada hacia allá. Parecía en realidad un inmenso muro vertical con algunas grietas y enredaderas que estiraban sus brazos retorcidos en busca del suelo. Un enorme pico señalaba hacia el infinito azul del horizonte.

Yacaré se preguntó cómo harían para llegar. No había caminos que rodearan la montaña, tan sólo la soberbia erguida de la piedra.

—¿Alguna vez has volado?

Absorto, Yacaré negó con la cabeza.

—Sube a mi espalda —dijo el ave—. Yo te llevaré.

El cocodrilo no se movió.

—Ven —le dijo Kérim—. Es la única manera en que los seres de la tierra alcanzan la eternidad.

Dudando aún, el reptil se acercó. Kérim se inclinó y las manos de Yacaré se posaron en sus hombros hasta que, poco a poco, rodearon el cuello del ave.

—¿No te lastimo?

Kérim rió.

—Tu carga es la mejor cosa que me pudo suceder.

Sin darle tiempo a preguntar, Yacaré sintió que una fuerza ajena lo desprendía del suelo a toda velocidad. Se aferró al mutante alado y apretó los ojos.

—¡Contempla la inmensidad, Yacaré, no tengas miedo!

Durante los primeros segundos, el cocodrilo no pudo, no quiso develar la cortina que cubría su vista.

“Conviértete en el cauce”, escuchó en su interior. “Confía”.

Entonces Yacaré recordó aquella melodiosa voz. Y aunque no hubiera visto a su dueña, tenía la certeza, la recóndita certeza de que había sido la Reina Yunuen.

¿Sería aquella la isla que le había dejado caer en susurros bajo su manto? ¿Estaría ahí la puerta a la que debía enfrentarse y esperar? ¿Esperar qué? ¿A que sucediera qué?

“Confía”, repitió la voz.

Yacaré abrió los ojos. Una sensación cálida le recorrió el cuerpo. Los latidos de su corazón se desbocaban hacia el vacío, como si se le fueran a desprender en una caída vertiginosa. Pero no. Luego de la expresión de horror al saberse cada vez más lejos del suelo, Yacaré se dejó llevar.

Y sonrió.

Primero con miedo. Luego con certeza. Certeza de que el viento lo llevaría por buen camino y si éste había guiado al águila a un destino seguro, también lo haría con él; más, si el ave resurgida de la oscuridad era su guía.

—¿Lo sientes, Yacaré? ¿Lo sientes?

—¡Sí! —respondió el reptil—. ¡Lo siento!

—Esto, Yacaré, es la eternidad.

“Ahora comprendo el maravilloso motivo por el cual los mutantes alados existen”, pensó, como si descubriera el mayor misterio del universo.

—¡Vuela, Kérim! ¡Vuela!

Kérim había logrado su cometido. Y sonrió en señal de triunfo. El águila estiró sus alas lo más que pudo y batió con fuerza las corrientes de aire, como si las tomara de las esquinas para darse impulso y surcar el cielo.

—¡Siempre hacia arriba! —gritó Kérim—. ¡De eso se trata la libertad!

Después de andar y desandar el cielo azul, los dos mutantes arribaron a la cueva en lo más alto de la montaña. Aún más arriba, el pico final se estiraba como si quisiera alcanzar el horizonte.

—Éste —dijo el ave—, es mi hogar.

El boquete curvo de la entrada sugería un lugar tenebroso en su interior; pero al entrar, Yacaré contempló que la roca estaba alumbrada por el resplandor de pequeñas piedras color azul.

—Es precioso.

—Así me recibió la caverna —respondió Kérim—, con la noche estampada en sus paredes.

Yacaré, por primera vez en mucho tiempo, se sintió en un lugar seguro.

—Tiene mucho significado para mí —dijo el ave—. Así era la noche que me vio llegar.

—La noche en que... cayeron tus amigos.

Kérim bajó la cabeza y cerró los ojos.

—Lo lamento —expresó Yacaré. Y de pronto se sintió inundado por la guerra del pantano. A partir de ese momento, su rostro afligido reflejaría siempre la misma sensación—. Si yo hubiera sabido lo que era ser un legionario...

—No fue tu culpa, cocodrilo —dijo el ave—. Eras casi un niño y... nosotros confiamos en el silencio de las dunas.

—¿Me contarás qué pasó ese día?

—Sí, pero ahora meditemos juntos. Nos espera una larga noche.

Yacaré frunció el ceño.

—Ya te dije que si nuestros caminos se cruzaron, algún motivo debe existir.

—¿Una casualidad del destino?

—No —dijo Kérim—: una causa.

El águila tomó asiento sobre el suelo de la cueva y Yacaré lo imitó en todo lo que hizo después, dejándose llevar por la enormidad del mar, de la cueva, del infinito que lo abarcaba por dentro, de su propia respiración.

Horas después, cuando el mundo los cubría con su manto de noche, salieron de la caverna a contemplar las estrellas que tapizaban el cielo.

—Me gusta pensar que son los Guerreros Celestiales que nos miran desde Arzabat—dijo Kérim.

A lo lejos, en el mar en calma reposaba la luz de la luna, como queriéndolos alcanzar ahí en la montaña.

—Nunca me imaginé que pasaras por todo eso —dijo Yacaré, después de haber escuchado la historia de Kérim—. Que a pesar del veneno de Áspid en tus alas, tuvieras la fuerza para volar hasta acá.

—No sé cómo lo logré —respondió el ave—. Muchas veces quise dejar de volar y precipitarme en el vacío. Pero seguí. Era como si alguien más me llevara, sostenido por el viento.

—¿Por qué nunca regresaste con los tuyos?

Kérim cerró los ojos e inclinó la cabeza.

—No soy digno de volver.

—¿Cómo lo sabes?

—No después de lo que pasó. Llevaba la esperanza de mi gente. No podía volver derrotado.

—Han de pensar que estás muerto.

—Es mejor así, por ahora. Pero, Yacaré, no es eso lo que me quieres preguntar.

Yacaré percibió la mirada del ave y se sintió descubierto.

—Estoy dispuesto a compartirlo contigo —dijo Kérim, como si supiera qué era lo que viajaba por la mente curiosa del cocodrilo.

Yacaré respiró profundamente para darse valor.

—¿Cómo fue que te recuperaste de las heridas causadas por el veneno de la cobra? ¿Cómo fue que tus alas...?

—¿Volvieron a crecer?

El reptil afirmó con la cabeza.

—Te lo contaré —dijo Kérim. Yacaré se acomodó y escuchó atentamente—. Se llama el Proceso de Renovación y es casi tan doloroso como nacer otra vez.

Solo en el océano de la noche.

Ahí me encontraba, con la desolación en el aire, el mar en calma y el silencio en el camino.

Tenía moretones en el rostro, sangre seca en el pico, los ojos cubiertos de tristeza. Hubo un momento donde la apatía me venció; llenaba el vacío a mi alrededor, como si me quisiera cubrir con su eternidad en una caída que no terminaba, en un tiempo sin fin.

Y las imágenes de la batalla me asaltaron, como destellos que se incrustaban en mi vientre, en mis alas, derritiéndolas una y otra vez. Ahí vi a mis amigos muriendo de nuevo, y yo, incapaz de ayudarlos.

Deseé que la noche me tragara, que el mar con sus bestias iracundas me bebiera completo. Quise desaparecer.

Y entonces, cuando vi la negrura, las entrañas inciertas de una nube que amenazaba con ser tormenta, detuve el vuelo y dejé que el viento me llevara a su interior. Anhelaba ser devorado.

Cerré los ojos, una lágrima resbaló por mi mejilla y me dejé sumir en la oscuridad.

Por un momento, pensé que estaba desintegrándome, que pronto dejaría de existir. Pero en medio de aquella desolación, sentí algo, como si unas manos me cobijaran por un instante, y me llevaran al otro lado de la tempestad. Abrí los ojos y ahí estaba la calma sobre el mar, con la luz de la luna bañando sus aguas; y más allá, la montaña que me esperaba, que me miraba con una sonrisa de playa, como animándome a refugiarme en sus brazos de caverna.

Y con mis ojos inundados de lágrimas, tuve la fuerza para sonreír. Era el peso de toda una vida acumulado en ese gesto. Una sonrisa que quería ser

también un lamento, un quejido, pero no de tristeza, sino de que algo, por fin, me había devuelto la esperanza, y reuní las pocas ganas de vivir que me quedaban para llegar a las alturas.

Agotado, con las plumas cayéndose a pedazos, me recargué junto a la cueva, que resplandecía con sus estrellas en las paredes. Y sin pensar siquiera en el dolor que me produciría, comencé la renovación.

Me arranqué los vestigios del vuelo, las plumas que seguían deshaciéndose por el ácido de la cobra. Grité con cada despojo de amargura y lloré. Lloré porque no eran las plumas las que me dolían, eran los amigos perdidos, era saber que mis hermanos no volarían de nuevo, que el mundo caería sumido en las tinieblas y el silencio.

Luego agité mi rostro, lo eché hacia atrás y con toda la fuerza que me quedaba, estrellé mi pico contra la roca. Una, dos, tres veces... hasta que se cayó en pedazos, roto como un jarro de esperanza. Y me senté, con las piernas cruzadas como si continuara flotando en el océano de la noche, como una flor que busca abrirse y ser luz de nuevo. Cerré los ojos y me sumí en el absoluto.

Ahí permanecí, alimentado por la luz de Arzabat. Había abandonado mi cuerpo para que se restituyera sin ser un estorbo para él. Las plumas comenzaron a surgir con lentitud, como quien se abre paso ante la vida. Mi pico brotó como una sorpresa; mis heridas fueron aliviadas por el cobijo del tiempo, el incomprendido, el único que cura la desdicha.

Mientras tanto, vi una rendija de oscuridad. Y al fondo, una luz que lo abarcaba todo, donde el sonido de un ambiente no tenía cabida. Ahí no había ruido algo. Era la luz eterna de Arzabat. Y sentí la presencia de Barlak, la certeza de que todo lo que había sucedido era el modo como tenían que pasar las cosas.

Y un humano me recibió. El legendario Jonathan Breeg, caído en una batalla antigua. Me abrazó con su luz dorada y me compartió de su fuerza. Me auguró que las tormentas cesarían y que las alas volverían a alcanzar el cielo. Pero primero debíamos prepararnos. Porque para cruzar la oscuridad hay que tener valor, disposición de ser ejemplo y fortaleza. Debemos cruzar las sombras para enseñarle a todos que hay esperanza más allá de las ciénagas, de las tormentas que baten con rabia la tranquilidad de nuestros hermanos. Y supe, gracias a él, que los humanos y los mutantes serían uno contra el emperador de las tinieblas, contra su Legión y sus ambiciosos planes de conquista. Vendrían guerreros que tendrían que salvarlo y restaurar el orden de las cosas para que la luz de la verdad lo abarcara todo otra vez.

Ahí estuve con él, entrenando como lo hacen los guerreros.

Hasta que un día:

—Es hora de que vuelvas —me dijo—. Comparte tu fuerza con otros y ten la certeza de que tus amigos están aquí y vendrán cuando los necesitemos para combatir. Mientras, espera al enviado de la reina y ayúdalo. Porque él vendrá con heridas hechas por el mismo mutante que te atacó. Ayúdalo. Luego, vendrá el tiempo de la batalla.

Rejuvenecido, esperanzado y renovado, le sonreí al maestro y las nubes de la luz me dejaron partir de vuelta a mí mismo.

—Shanti, shanti —me dijo su voz.

Luego todo fue oscuridad. Y al final desperté. En el mismo lugar donde mi cuerpo se había quedado. Y poco a poco abrí los ojos. Y comencé a reconocerme.

Era de día. Un día de luz, con la inmensidad esperando mi reacción.

Me levanté de un salto y respiré agitadamente. ¿Había sido un sueño? Y luego supe que no. Que todo había sido verdad. Que el sol había avanzado setecientas setenta y siete veces por el cielo y que yo estaba ahí, con la fuerza de los que renacen de las cenizas.

Y me vi. Extendí mis alas y estaban más brillantes que nunca. Me toqué el pico y me asombré ante mi propia sonrisa. Mis lágrimas brotaron de los ojos, pero renovadas. Agradecidas. Había cruzado la tormenta y ahora era libre otra vez.

Y supe que faltaba una cosa.

Me paré en la orilla de la montaña, mirando hacia el horizonte. Abrí mis alas y con la sonrisa en el rostro me arrojé hacia el vacío.

Y comencé a volar.

Surqué los cielos con deseo de abarcarlo todo. Me dejé llevar por las corrientes de aire, atravesé las nubes, descendí hacia el agua del mar para pescar y me elevé de nuevo a las alturas.

Y fui libre, Yacaré, fui libre por fin.

Ahora es momento de que tú también te renueves y cures tus heridas. Pero no te preocupes, tu tiempo en esta montaña es breve. Porque traes ya la fuerza de los Guerreros Celestiales. Tan sólo debes descansar. Meditemos juntos, hermano cocodrilo. Meditemos, lavemos tu corazón de la culpa y zarpa después hacia tu destino, allá dondequiera que te guíe tu reina.

Ahora, Yacaré, es momento de renacer.

¡Renace y sé la cura de los tuyos!

Durante cuarenta días, Yacaré se dedicó a curar sus heridas a través de la ayuda que el águila le proporcionó. Hasta que una mañana soleada, como aquella que lo había recibido en la playa, Yacaré preparó su lancha, algunas provisiones y se dispuso a navegar hacia el lugar que le había indicado la Reina Yunuen: Falbarde, una isla cercana a las tierras heladas de Tzool.

Cuando tuvo todo listo, le dio un fuerte abrazo a su nuevo amigo. Segundos después se miraron, compartiendo la sonrisa y la promesa del reencuentro.

—No dudes del camino, Yacaré. Confía en Barlak y en la reina, y haz lo que debes hacer.

—No quisiera dejarte solo, Kérim.

—No estoy solo: Barlak y las estrellas me acompañan. Recuerda que un día nuestros caminos volverán a encontrarse. ¿Lo crees?

—Sí, lo creo.

—Yo también —respondió el ave—. Ahora, anda. No detengas más tu encuentro con el futuro.

—¿Cómo podré agradecerte lo que has hecho por mí?

—Ayuda a otros y protege a los necesitados. La vida te lo recompensará.

El águila inclinó su cabeza y contempló al reptil que llevaba su barca hacia las aguas.

Yacaré abordó y comenzó a remar.

Cuando el cocodrilo se alejó lo suficiente, Kérim alcanzó las alturas y voló en círculos, como desintegrando las nubes que pudieran interponerse en el camino del mutante.

Al poco rato, Yacaré se perdió, allá donde el cielo y el mar entrelazan sus manos para conformar el horizonte.

Se dice que muchos días navegó Yacaré sobre las aguas de Nun. Su intuición era su guía, pero sabía que estaba siendo orientado por una fuerza más grande que él. No le cabía ya duda de que se trataba de la Reina Yunuen, y albergaba la esperanza en su corazón de que algún día se encontraría con ella.

Fue quizá esa la razón por la cual ninguna bestia marina se interpuso en su camino. Ni siquiera cuando rodeó la Boca del Kraken, de la cual se decía que ningún barco había sobrevivido ante sus fauces de torbellino.

Yacaré mantuvo su curso hacia el norte y un día caluroso llegó a una isla. Era más grande que Tórnom, pero su tamaño alojaba pocas probabilidades de guardar una civilización. Igual que la isla anterior, tenía una montaña, pero ésta era achatada y de forma cónica con un frondoso bosque.

No sabía en dónde estaba. Yacaré dejó la balsa sobre la arena y sin dejar de contemplar el monte, comenzó a caminar. Tuvo incluso la impresión de que ése sería el último encuentro con la lancha, la que le había salvado la vida.

“Gracias”, pensó y sonrió ante su propia ingenuidad.

Conforme fue ascendiendo e internándose en el bosque, divisó una cabaña. Afuera, una joven humana trabajaba en una cosecha. Ella escuchó sus pasos, se irguió y lo observó con curiosidad.

—Shanti, shanti, viajero —saludó ella. Era una mujer hermosa, con caballera de color caoba y piel clara, ojos como avellanas y sonrisa de horizonte.

Con timidez, Yacaré inclinó su cabeza en señal de respuesta.

—Hola —dijo el cocodrilo—. No quería asustarte.

—No lo hiciste.

Yacaré sonrió.

—¿Buscas algo en especial? —preguntó ella, mirando su uniforme raído de combate.

—No lo sé —respondió el reptil.

Yacaré estaba fascinado ante el lugar. Y no es que se tratara de algo deslumbrante o fuera de lo común. Era una sensación que palpitaba en su pecho, como si estuviera cerca de algo. Algo más allá de lo imaginable.

—¿Qué isla es ésta? —preguntó de pronto.

—Falbarde —dijo la mujer.

—Falbarde —susurró Yacaré y sus fauces se descubrieron en una amplia sonrisa—. Éste es el lugar.

—Hay un sitio en la cima —sugirió la chica y señaló la parte del bosque que ascendía—. Quizá es ahí a donde vas.

—Quizá sí, guerrera.

¿Acaso la había llamado guerrera?

La joven quedó desconcertada.

—Subiré —dijo Yacaré—. No deseo interrumpirte más, ya bastante has hecho por mí.

—Que tengas buen camino entonces.

—Shanti, shanti para ti.

Ambos se inclinaron con respeto. La chica se quedó quieta unos momentos mientras contemplaba a Yacaré desaparecer entre los árboles del bosque. El cocodrilo continuó ascendiendo y entre más avanzaba, más fuerte era su palpitación. “Estoy cerca”, le dijo una voz en su interior.

De pronto, vio a su costado izquierdo un riachuelo. Entre sus aguas se asomaban unas rocas y sobre ellas, un mutante practicaba movimientos de pelea.

Yacaré se quedó sorprendido.

¿Será un desertor también? Pero no, no podía ser. Ni siquiera tenía uniforme legionario. Un segundo enfoque le confirmó que se trataba de un lobo, ágil y fuerte. Era más alto que él y se movía con destreza, como si supiera los secretos del combate, el que sólo conocen los cercanos a la Joya.

“Además, la fuerza que despide su ser es impresionante”, pensó. “Quizá después pueda conversar con él”.

Quizá.

Embelesado por el mundo, como si estuviera a punto de mirarlo por sus bordes, Yacaré caminó un rato más hasta que llegó a la cima. La vislumbró claramente y supo que no había más camino por andar. Su larga travesía había llegado a su fin.

Dejó el bosque a sus espaldas, como quien se desprende del pasado, y mientras avanzaba, fue divisando una enorme construcción de piedra que sugería largas paredes, altas y enigmáticas, como si resguardaran un mundo en su interior.

Y vio una puerta. Un enorme portón de roble oscuro y un camino hecho de piedra tallada que lo llevaba hacia él. Por debajo del umbral, había unas escaleras y en lo alto de las paredes, fachadas que parecían ser libros abiertos que miraban hacia el suelo o hacia los recién llegados como él.

“Aquí termina tu búsqueda, Yacaré”, le dijo en su corazón aquella voz hermosa que una vez lo salvó de las tinieblas. “Espera delante de la puerta y construye tu destino con las maravillas que encontrarás al otro lado”.

Y entonces Yacaré tuvo una revelación, aquella que se mostraba de frente a los que eran elegidos para llegar a ese lugar. En ese momento, el cocodrilo comprendió que ese santuario era el que estaba custodiado por aquellos que poseían los secretos de la Joya.

Y Yacaré se dejó caer de rodillas, justo en el borde del camino labrado. Delante de él, erguido y silencioso, le observaba el Templo de Barlak.

Fin del Reptilicón